



I

**U**N hombre joven trabajaba la tierra cierta mañanita de estío. Brillaba dulcemente el sol; el rocío mojaba la hierba; no hay palabras para decir la frescura del aire; y los caballos, que parecían embriagados por esa frescura, tiraban del arado como por juego. Casi le era necesario al hombre correr para seguirles. Destripados por la reja, los terrones, de una morenor obscura, relucían de humedad grasa, y era regocijo para quien los trabajaba así, la idea de que pronto sembraría el centeno. Pensaba en su interior: «¿Cómo es posible que me dé á veces tantos quebraderos de cabeza y me parezca carga tan

pesada el vivir? Bastan un poco de sol y de buen tiempo para que uno pueda llamarse dichoso, como una criatura de Dios en la morada celestial».

Era el valle ancho y largo, dividido en cuadros de trigos amarillos y verdi-amarillos, de trébol segado, de patatales en flor, de espacios claros en que nubes de mariposas blancas palpitaban sobre las estrellas azules del lino. En lo más profundo del valle se elevaba una soberbia alquería antigua, con sus dependencias grises y el cuerpo central, destinado á la habitación de los dueños, pintado de ocre y bermellón. Dos delgados perales crecían y escalaban las alturas del frontis puntiagudo. Dos álamos blancos, jóvenes y transparentes, protegían la puerta de entrada. Había pilas empinadas de leña en la era verde y enormes hacinas de heno á la trasera de los establos. Y esta alquería que se levantaba sobre las anchas llanuras, era tan hermosa á la vista como un gran navío con sus mástiles y sus velas en el vasto mar.

«¡Cuán hermosa alquería posees!

pensó el hombre que labraba. Edificios bien contruídos, buen ganado, caballos fuertes, criados que valen su peso en oro. Eres tan rico como el que más de tu jerarquía, y no debes temer caer jamás en la pobreza... No; no es la pobreza lo que me causa espanto, replicóse á sí mismo. Por dichoso me daría con sólo que pudiese decir que era digno de mi padre y de mi abuelo.

»¡Qué necedad no saber salirse de esos pensares!—continuó.—¡Tan bien que me sentía poco ha! Mientras vivió mi padre, sus vecinos le imitaban en cuanto hacía. La misma mañana en que él ponía á secar la yerba, los otros ponían á secar la yerba. El mismo día en que nosotros comenzábamos la labranza, las rejas de los arados se hundían en todos los confines del valle: hoy, en cambio, ya hace dos horas que estoy trabajando aquí, y nadie piensa siquiera en amolar cuchilla. Me parece, sin embargo, que gobierno mi granja tan bien como cualquier otro de los que han llevado el nombre de Ingmar Ingmarsson. He vendido el heno mejor que lo hizo mi padre; ya no

me contento de estos hondoncillos de hierbas que, en los tiempos en que él administraba la granja correteaban por el campo. Soy, en fin, más ahorrador de la leña de los bosques, y no la corto como hacía él, para las chamiceras... ¡Ah! ¡Cuán duro me es sobrellevar estas cosas! No siempre, ni con mucho, sé tomarlas tan á la ligera como esta mañana. Cuando mi padre y mi abuelo vivían, pretendíase que los Ingmarsson habían permanecido lo bastante en este mundo para conocer la voluntad del Señor. Se les suplicaba, casi de rodillas, que reinasen sobre la vecindad. Eran ellos los que nombraban el pastor y el sacristan. Decían la época en que debía hacerse la limpieza del río, el lugar en que debía edificarse la escuela. Pero de mí nadie solicita consejo, y las gentes de mi pueblo no esperan de mí ninguna decisión... Es curioso que por la mañana sean las penas más llevaderas. Pero vendrá el otoño y mis pruebas serán más duras tal vez. Si cumplo lo que llevo en el magín, seguramente ni el cura ni el juez volverán ya á estrecharme la mano,

el domingo, ante la iglesia, como acostumbran á hacer aún.»

Jamás el pensamiento trota tan ágil como siguiendo el ir y venir de un arado. Se está solo y nada le distrae á uno, salvo las cornejas, que siguen la dirección de los surcos, para picotear gusanos. Parecía, pues, al joven, que las ideas le entraban en la cabeza como si se las hubiesen susurrado al oído. Y él, á quien raramente le ocurría pensar de una manera tan vivaz y tan clara, se alegró de ello. Empezaba á creer que con todas estas cosas se hacía mala sangre inutilmente, y que, en buena conciencia, nadie tenía derecho á exigirle que se arrojase, por su propio impulso, en brazos de la desgracia. ¡Ah, si al menos su padre viviese, le pediría un consejo, como antaño en los casos difíciles! Llegaba á sentir como una impaciencia por no tenerle á mano.

«Si supiese el camino, dijo, sonriendo á esta idea, me daría un paseo por su casa. ¿Qué diría el viejo Ingmar viéndome llegar? Supongo que está sentado, allá en el cielo, en medio de una hermosa alquería, con

campos, prados, muchos edificios, mucho ganado fuerte y pardo, como á él le gustaba acá abajo, ni negro ni manchado... Y, cuando yo entro en la casa...»

Paróse el labrador de pronto en medio del campo, levantó la cabeza y se echó á reír. Estas fantasías le producían un placer vivísimo, y le transportaban tan aprisa, que ya creía haber abandonado la tierra y se veía llegado al cielo, á la casa del viejo Ingmar.

«Cuando entro en la sala, continuó, la veo llena de viejos campesinos, sentados á lo largo de la pared; tienen todos el pelo gris-rojo, las cejas blancas, el labio inferior grueso y se parecen todos á padre, como un huevo á otro huevo. Al verme ante tanta gente, me detengo, amedrentado, en el dintel. Pero padre, que está sentado lejos, al extremo de la mesa, dice, apenas me distingue: «Sé bien venido, pequeño Ingmar Ingmarsson». Después se levanta y se acerca á mí.—«Quisiera deciros dos palabras, padre, pero hay aquí demasiada gente.»—«Todos son de la familia. Estos hombres que vés, han vivido siempre

en Ingmarsgard, y el más viejo de entre ellos está aquí desde el tiempo de los paganos.»—«Sí, pero yo quisiera deciros una cosa á vos solo.»

«Padre mira un instante á su alrededor y parece preguntarse si va á hacerme entrar en el salón de respeto; pero como no se trata sino de mí, me hace entrar en la cocina. Ya en ella, nos sentamos; él en la piedra del hogar, yo en la banqueta de cortar carne.

«—Guapa alquería tenéis, padre», le digo.—«No es del todo mala. Pero ¿cómo van las cosas en Ingmarsgard?»—«Marchan. El año pasado se ha pagado en doce rixdales la carga de heno.»—«¿Es posible? A poco creyera que has venido á burlarte de mí, pequeño Ingmar.»—«Pero, en lo que á mí toca, las cosas no marchan de la misma manera. Parece como si todo el mundo quisiera darme á entender que vos, padre, teniais la sabiduría de Nuestro Señor, y que no hay que contar conmigo.»—«¿No eres aún del Consejo municipal?»—«Ni del Consejo municipal ni del de la escuela.»—«¿Pues qué sandez has hecho, pe-

queño Ingmar?»—«Me dicen que quien quiere arreglar las cosas de los demás, debe comenzar ordenando las suyas».

Después de eso mi viejo baja los ojos y permanece un momento reflexionando.

«Bueno será que te cases, Ingmar, dice al fin, y que procures tener una mujer bien activa.»—«Pero eso, padre, es justamente imposible; ni el más pobre de los labriegos de la vecindad querría darme su hija.»—«Oye, hijo, cuéntame que significa eso.» Y la voz de padre se hace muy dulce.

«Pues bien, padre, hace cuatro años, el año mismo en que heredé la alquería, pedí en matrimonio á Brita de Bergskog.»—«Veamos, veamos, dice padre. ¿Tenemos á alguien de la familia en Bergskog?», porque el viejo ha perdido un poco la memoria de las cosas y de las gentes de acá abajo.—«No, respondo, pero tal vez os acordáis de que el padre de Brita ha sido diputado.»—«Si, pero más hubiera valido que escogieras para casarte á alguien de la familia; así tu mujer hubiera estado al corrien-

te de las costumbres antiguas».  
—«Verdad es eso, padre, y bien lo he sentido».

No abrimos la boca por espacio de algunos minutos; después padre vuelve á tomar la palabra: «¿Con qué era una muchacha muy agradable?»—«Sí; digo, tiene el pelo negro, los ojos lípidos y rosas en las mejillas. También es muy hacendosa. Madre aprobó mi elección, y todo hubiera ido guapamente, pero ella no me quiso.»—«¿De cuándo acá lo que quiere una chicuela tiene importancia?»—«Por eso sus padres la obligaron á decir que sí.»—«¿Cómo sabes tú que la obligaron? Parece que podía darse por contenta de casarse con un marido tan rico como tú, pequeño Ingmar Ingmarsson.»—«Oh, no, lo que es contenta no lo estaba seguramente, pero se dijeron las amonestaciones, se fijó el día de la boda, y Brita vino á habitar en la granja antes del matrimonio, para ayudar á madre, porque madre, ya lo sabéis, comienza á avejentarse y á estar fatigada...»—«Ningún mal veo en eso, pequeño Ingmar», dice mi padre, como para animarme.—

«Pero aquel año nada quiso llegar á sazón en los campos. Las patatas flaquearon, las vacas enfermaban, de manera que madre y yo decidimos aplazar la boda para el año siguiente. Yo no creía que la ceremonia importase, una vez dichas las amonestaciones, pero tal vez mi razonamiento era anticuado.» —«Si hubieses escogido á alguien de la familia, hubiera tomado paciencia», dice mi padre.—«Es posible. Ya comprendía yo que este retraso no le gustaba mucho á Brita, pero no teníamos los medios de obrar de otra manera. Pensad que, en la primavera, habíamos tenido vuestro entierro, y que no queríamos tocar el dinero del Banco.» —«Parece que has obrado cuerdamente con esperar», dice padre.—«Ya me sospechaba yo que á Brita no satisfaría mucho tener que festejar á la vez boda y bautizo.» —«¡Ah!... Pero claro es que lo primero que hay que mirar es el bolso.» —«Brita volviase de día en día más amañada y más extraña y á menudo me preguntaba yo que pasaba por ella. Me figuraba que suspiraba por su país, porque siem-

pre fué muy de su casa y de su padre. Eso le pasará, pensaba yo, cuando arraigue aquí. Más tarde pregunté á madre por qué Brita estaba tan pálida, con tan esquivo mirar en los ojos. Madre me respondió que era porque Brita esperaba una criatura, y que cuando la criatura hubiese nacido, mi prometida volvería á encontrarse igual que antes. Sentía yo perfectamente en el fondo de mi sér, que ella rumiaba siempre la idea de que yo había retardado nuestro matrimonio, pero que no se atrevía á hablar de ello. Habiais vos dicho, padre, recordadlo, que el año en que yo me casara se repintaría la granja de color bermejo. Y aquel año me era enteramente imposible hacerlo.»

El labrador marchaba moviendo los labios, pero, tan lejos de la tierra, que la cara de su padre se le aparecía distintamente en su ensueño. «Hagamos lo posible, se dice, por exponerle la cosa de una manera precisa y clara, á fin de que me dé un buen consejo».

«El invierno se pasó pues de esta suerte, y yo pensaba á menudo que si

Brita debía continuar así, siendo desgraciada, haría mejor renunciando á ella y mandándola á Bergskog; pero era ya demasiado tarde. Llegamos así al mes de mayo, y, una noche, advertimos que había escapado. La buscamos toda la noche: por la mañana una de las sirvientas la encontró...»—«¡Válgame Dios! ¿No estaba muerta?» pregunta padre después de una pausa.—«No, ella no», digo. Y mi padre oye que mi voz tiembla.—«¿La criatura había nacido?»—«Sí, pero yacía al lado de ella, muerta, extrangulada...»—«¿Había, pues, la madre perdido la razón?»—«Sin embargo, no estaba loca... Había hecho esto, según parece, por vengarse de mí, porque yo la había tomado á la fuerza. No lo hubiera hecho, á lo que dijo, si yo la hubiese llevado á la iglesia; pero, según su idea, desde el momento en que yo no quería á mi hijo con honor, no debía tenerlo.

Padre se siente emocionado. «¿Habías esperado esta criatura con alegría, pequeño Ingmar?»—dice al fin.—«Sí, padre.»—«Muévesme á lástima porque diste con mala mu-

jer: supongo que está en la cárcel, ahora.»—«Sí, la han condenado á tres años.»—«¿Y es esta la razón por la cual nadie quiere darte su hija?»—«Sí, pero yo tampoco se la he pedido á nadie.»—«¿Y es esta la razón por la cual no tienes ya voz entre los vecinos?»—«Sí; las gentes encuentran que las cosas no hubieran debido pasar así, por lo que se refiere á Brita. Se asegura que, si yo hubiese sido un hombre como vos, padre, hubiera sabido conocer el mal que le devoraba el corazón.»—«No es cosa fácil—dice padre, levantando la cabeza—no es cosa fácil para un hombre entender á una mala mujer.»—«No, padre; Brita no era mala: sólo que tenía sus humos.»—«Lo mismo da»—replica el viejo.

«Cuando le veo tomar mi partido, continuó:—«Hay quien opina que yo debí habérmelas arreglado de manera que todo el mundo creyese que la criatura había nacido muerta. Sostienen que vos os hubiérais dado maña para cerrar la boca á la criada que lo descubrió.»—«¿Y que entonces tú te hubieses casado con ella?»—«No; que entonces ya no hubiera teni-

do necesidad de casarme; que la hubiera podido devolver á sus padres, transcurridas algunas semanas, y que, ya que no habíamos sido nosotros de su gusto, se hubieran roto las amonestaciones». — «Es posible; pero no se puede exigir que tengas, á tu edad, la experiencia de un anciano». — «En fin, en lo que el mundo está de acuerdo, es en que yo he obrado mal con Brita.» — «Mucho peor ha obrado ella, que ha hecho caer el oprobio sobre gentes honradas». — «Sí, pero yo la había poseído por la fuerza. ¿No os parece que, si está en la cárcel, es por mi culpa?» — «Páreceme que toda la culpa es suya».

Entonces yo me levanto y pregunto lentamente:

— «¿No os parece que estoy obligado á hacer alguna cosa por ella, cuando salga, el otoño que viene?»

— «¿Hacer qué? ¿Casarte con ella?» — «Tal vez.» — Padre me mira: «¿Qué? ¿La quieres?» — «No. Juraría que ha matado, de un solo golpe, todo amor en mí.»

Padre baja la cabeza y comienza á reflexionar.

— «Mirad, padre, no puedo desem-

barazarme del pensamiento de que soy yo quien le ha hecho daño.»

El viejo permanece sentado, sin responder.

— «La última vez que la he visto, fué ante el tribunal. Se había vuelto más tierna, y lloraba con todas sus lágrimas, porque ya no tenía hijo. Ni una palabra acusadora tuvo para mí. Cargó ella con toda la culpa. Muchas personas lloraban, padre, y el mismo juez no estaba lejos de que se le humedecieran los ojos. Por eso no la echaron sino tres años.»

Padre continua sin decir palabra.

— «Su vida será bien dura este otoño, cuando regrese á su casa. Ya no la verán con buenos ojos en Bergskog. Sus padres consideran que ella les ha deshonrado, y nada prueba que no se lo hagan sentir. Será preciso que permanezca siempre en casa, y apenas si podrá arriesgarse á llegar á la iglesia. De todos modos, tendrá una vida muy dura.»

Padre no responde.

— «Pero, por otro lado, el casarme con ella no es nada cómodo. Cuando se es amo de una buena granja, no es cosa cómoda tener una mujer que



las muchachas y los criados puedan mirar por encima del hombro. Luego, á mi madre poco agradaría eso. Y ya nunca más podríamos invitar á las personas notables á las bodas y á los entierros.»

Padre continúa guardando silencio.

—«Ante el tribunal, intenté ayudarla cuanto pude. Dije al juez que yo era el único culpable, puesto que había forzado su consentimiento. Dijele también que, tan inocente la juzgaba, que me casaría con ella el mismo día, con solo que ella cambiase de sentimientos respecto á mí. Yo decía estas cosas, á fin de que obtuviese una sentencia más benigna. Pero, aunque me ha escrito dos cartas, nada me prueba que haya cambiado de sentimientos. Ya comprendéis pues, padre, que no estoy ligado por estas palabras.»

Padre reflexiona y permanece mudo.

—«Estoy por ventura ahí razonando como el vulgo, pero nosotros, los Ingmarsson, hemos querido vivir siempre amistosamente con el Señor... A decir verdad, parece que el

Señor no puede querer que una asesina sea elevada así. Y en el vecindario, nadie creería eso justo.»

Padre se queda aún silencioso.

—«Acordáos, sin embargo, padre, de los tormentos que asaltan á quien deja padecer á una criatura, sin procurar socorrerla: y, en verdad que, en estos tres últimos años he sufrido mucho, demasiado.»

Padre no resuella.

Entonces las lágrimas me ahogan la garganta, y añado: «Pensad que aun soy joven, y pensad cuánto perderé quedándome con ella.»

Continuo sin obtener palabra de padre.

—«Es extraño que nosotros, los Ingmar, hayamos permanecido en esta granja por tantos siglos, mientras todas las demás granjas han cambiado de dueños. Esto es debido sin duda á que los Ingmar han procurado seguir los caminos de Dios. Los Ingmar no deben vivir en el temor de la opinión de los hombres: deben solo marchar por los caminos de Dios.»

Entonces mi anciano padre levanta los párpados y dice: «Es una cues-

tión difícil ésta, Ingmar: me parece que voy á entrar ahí, á preguntar á los otros Ingmarsson lo que piensan de ello.»

Y á seguido mi padre vuelve á la gran sala, mientras yo permanezco sentado en la cocina. Espero: mi padre no regresa. Cuando me he cansado de esperar horas y horas y horas, voy á encontrarle.

—«Paciencia, pequeño Ingmar, me dice, paciencia. Es una cuestión difícil.»

Y todos los viejos están allí, con los ojos cerrados, reflexionando. Y yo espero, espera que te espera, espero aún...»

Siguió, sonriendo, el arado que languidecía en su marcha, como si las bestias tuvieran necesidad de reposo. Llegado al borde de una zanja, se detuvo. «Extraña cosa es esa, se dijo gravemente. Cuando se pide consejo á alguien, uno ve claro mientras charla lo mismo que ha pasado tres largos años sin ver. Y ahora, ¡hágase todo según la voluntad de Dios!... ¡Y sobre todo, venga Dios en mi ayuda!» añadió, con un suspiro.

Pero Ingmar no era el único que respiraba el aire libre, en esta hora matinal. Allá, á lo largo de un sendero que serpenteaba entre los campos, un anciano caminaba. Fácilmente se podía adivinar su oficio, por la larga blusa de pintor, que llevaba sobre sus hombros, y por las manchas rojas que le salpicaban desde la boina hasta la punta de los zapatos. Caminaba inspeccionando el paisaje, ganoso de divisar una granja que no hubiese sido repintada y cuyos colores fuesen comidos por el sol y desteñidos por la lluvia. Cuando, desde una pequeña eminencia, descubrió, en el fondo llano del valle, la Ingmarsgard, la antigua y respetable granja:—¡Señor Dios!—exclamó—y paróse súbitamente de alegría. He aquí una casa que no ha sido repintada desde hace un siglo: los años la han ennegrecido toda. En cuanto á las dependencias, jamás parece que hayan tenido color. ¡Y cuánto edificio! Voy á tener trabajo aquí hasta el otoño.

Se puso de nuevo en marcha, distinguió al labrador y se dirigió á él para saber cuya era la granja, y si

tenía probabilidades de ser bien recibido en ella. Cuando Ingmar le vió y le oyó, le miró como á una figura del otro mundo. Cada vez que habian preguntado á su padre: «¿Cuándo haréis repintar este viejo caserón?» su padre respondió: «El año en que mi hijo se case». Repitió el pintor su pregunta, pero Ingmar parecía no comprender. «¿Han encontrado al fin una respuesta, los míos, allá arriba?» pensaba. «¿Es mi padre quien le envía para que me diga que quiere que mi matrimonio sea cgaño?» Esta idea le dominó. Contrató al hombre.

Ahora avanzaba detrás de su arado, muy conmovido, casi dichoso: «Vas á ver, se dijo, como la cosa no va á parecerse tan dura de cumplir, ahora que estás seguro de que tu padre lo desea».



## II



ALGUNAS semanas más tarde, Ingmar estaba ocupado en lustrar un arnés. Parecía de mal humor. La faena se eternizaba. «Si yo fuese Nuestro Señor, refunfuñaba mientras frotaba y refrotaba su arnés, no me haría el remolón así; mis decisiones, apenas tomadas, serían un hecho. No daría á los pobres mortales el tiempo de quebrarse la cabeza y de rumiar sobre todo lo que les resulta ambaje é impedimento. No, en verdad, no les daría yo el tiempo de lustrar un arnés, ni de pintar una carreta, sino que les colocaría en su carro, y les mandaría á donde deben ir.»

Volvióse al oír el ruido de unas ruedas sobre el camino y reconoció el caballo y el coche del padre de Brita.

—¡Ahí va el diputado de Bergsborg!—gritó hacia la cocina, en que se encontraba su madre, ocupándose en los quehaceres domésticos.

Oyó luego como echaba leña al fuego y molía el café en el molinillo.

El diputado franqueó la puerta que daba á la solana, pero no descendió del coche.

—No, no; no quiero entrar—declaró;—tengo tan solo dos palabras que decirte á tí, Ingmar, y me falta el tiempo, porque quiero pasar por la alcaldía.

—Madre hubiera querido ofreceros una taza de café—dijo Ingmar.

—Gracias, no puedo.

—Hace ya mucho tiempo que el señor diputado no ha parecido por aquí—insistió Ingmar.

La madre apareció en el dintel, para unir sus súplicas á las de su hijo.

—El señor diputado no se irá sin tomar un sorbo de café.

Desabrochó Ingmar el delantal del coche, y el diputado se dispuso, al fin, á bajar.

—Vamos; la madre Marta me persuade—dijo.—Fuerza es obedecerla.

Era un hombre alto y buen mozo, de movimientos desembarazados, y parecía muy de otra raza que Ingmar y su madre, cuyo cuerpo era pesado y cuya fealdad era soñolienta. Pero se honraba experimentando un gran respeto por la antigua familia de Ingmarsgard, y de buena gana hubiera cambiado su buen aspecto por el de Ingmar, á trueque de ser un Ingmarsson. Siempre había tomado el partido de su yerno contra su hija, y al verse tan bien recibido, se animó mucho.

Cuando la madre Marta trajo el café, él abordó el tema de la conversación.

—He pensado—dijo con voz clara,—que debíamos conversar un poco sobre lo que habíamos decidido respecto á Brita.

La taza que la madre Marta tenía en la mano, tembló, y la cuchara traqueteó en el platillo. Luego, hubo un silencio angustioso.

—Hemos convenido que lo mejor sería mandarla á América...

Se interrumpió. El mismo silencio; y el diputado de Bergsborg suspiró sobre esas gentes impenetrables...

—Su billete está ya comprado...

—Pero—preguntó Ingmar:—¿empezará, desde luego, por volver á vuestra casa?

—No; ¿qué haría allí?

Ingmar se calló, con los párpados cerrados á medias, tranquilo como si durmiera; fué la madre Marta quien se informó.

—Muchos trajes va á necesitar—dijo.

—Todo está á punto; su baúl la espera en la tienda del droguero Lofberg, donde nos albergamos cada vez que vamos á ciudad.

—¿Y vuestra esposa, no irá á verla?

—Ella querría, pero yo estimo que es preferible no hacer nada.

—Tal vez.

—El billete y el dinero la están esperando en casa de los Lofberg; de suerte que tendrá todo lo que le sea necesario. Yo deseaba infor-

mar á Ingmar de todo eso, á fin de que no le aburriese más esta desdichada historia.

La madre Marta se había vuelto silenciosa á su vez. El pañuelo de su cabeza había descendido al cuello, y guardaba los ojos obstinadamente fijos en su delantal.

Ni la madre ni el hijo se movieron.

—La madre Marta necesita ahora quien la ayude, en una casa como ésta. Ya es hora de que Ingmar piense en asegurarle una vejez tranquila...

El diputado se detuvo y se preguntó si sus palabras habrían sido entendidas.

—Yo y mi mujer—dijo,—os deseamos la mayor prosperidad.

Dejábase invadir Ingmar por una alegría muy grande. Brita se iría, pues, á América; no se vería obligado á casarse con ella; no llegaría el caso de que una infanticida llegase á ser dueña de casa, en la vieja granja de los Ingmar. Pero se callaba, porque le parecía poco decente manifestar de una manera demasiado ostensible su contentamiento.

El diputado ya no decía nada; sabía que los miembros de esta antigua familia necesitan algún tiempo para reflexionar.

Al fin, la madre de Ingmar, tomó la palabra.

—Sí; ahora Brita ha sufrido la pena; al fin ha llegado la hora en que debemos poner algo de nuestra parte.

Con estas palabras vagas quería significar que, si el diputado deseaba algún apoyo de los Ingmar, por gratitud á lo que había hecho los Ingmar no se lo negarían; pero su hijo lo entendió de otra manera.

Extremecióse como en un sobresalto: «¿Qué es lo que mi padre pensaría de eso? se preguntó. ¿Qué diría si yo le sometiese la cosa? El es sin duda, el que vela sobre mí, quien me ha enviado aquí el diputado de Bergsborg.» Respondería: «No creas que puedes jugar con la justicia de Dios. No esperes que te deje sin castigo, si abandonas á Brita todo el peso de la falta. Que su padre reniegue de ella para complacerte, y tal vez para pedirte dinero prestado, es cosa que no debe impedirte se-

guir los caminos de Dios, pequeño Ingmar Ingmarsson.»

Ingmar se levantó, y vertió coñac en su café.

—Muchas gracias doy al diputado por su venida de hoy—dijo, chocando su taza con la de aquél.